

# EL PANORAMA.

## LOS CRUZADOS EN VENECIA, ó la finida Emperatriz.

(Conclusion.)

### EL RECONOCIMIENTO.

— ¡P or la cruz sacrosanta! exclamó el Marques: he aquí á Satanás en persona. Enemigo del jénero humano, tú me volverás el honor que me robaste infamemente en Venecia. Soldados, que se cierren las puertas de esta casa... ¡ pronto!

Los soldados de Montferrat se apoderaron de Yaoud y de su tesoro. El Marques les dijo: ese viejo es un hechicero; sacadle de aquí, aplicadle á un tormento y que confiese sus delitos. Obedecido instantaneamente el Marques, y cruelmente herido el hebreo, fué arrastrado este entre todos lejos de aquel sitio.

Arrodillada Margarita y besando los acerados guantes del implacable Marques, imploraba su compasion con voz doliente y lastimosa. Montferrat esgrimía la espada sobre la cabeza de su victima, negándose á las plegarias de la desventurada hebrea.

— Es verdad, Señor, es verdad que yo os he engañado.

— ¿ Lo confiesas, pues?

— No soy la princesa de Hungría: no soy la viuda del emperador de Constantinopla. La miserable que postrada á vuestras plantas apela á vuestra jenerosidad, os amaba... con ternura... y por ver cum-

plidos los votos ardientes de su amor desventurado, consintió en todo hasta en la mentira. ¡ No me mateis! soy Margarita, hija del judío Yaoud. ¡ Ah! Si supieseis...

— Vuélveme mi honor, interrumpió fuera de sí el Marques, pero no... es inútil. Bien seas Satanás en persona y en figura de mujer, ó bien uua de las muchas á quien él inspira... morirás. ¡ No hay perdón para tí!

La infeliz judía se torcía las manos, se arrastraba á los pies del Marques, mas en valde. Montferrat dejó caer sobre Margarita una mano de hierro, y oprimió entre sus dedos erizados de escamas la rubia cabellera de la esposa que adorara en Venecia. Sacudiendo despues el brazo, la derribó enteramente en tierra, y apoyando la aguda punta de su enorme espada sobre el corazon de la jóven, ya moribunda, le intimó que pidiese perdón al cielo y se preparase á espirar. Al contacto del ya ensangrentado acero hizo Margarita un esfuerzo final, el esfuerzo de la desesperacion... el precursor de la muerte. Extendió ambos brazos, é intentó apoderarse de la espada del Marques con sus manos delicadas. Bien pronto corrió de ellas abundante sangre; y al retirarlas con horror y dolor salpicando el pavimento, principió á oirse un laud. Una voz bien conocida de Margarita y del Marques cantó los versos siguientes:

Flor que perece al tramontar del dia,  
Con breve soplo agostará el Eterno  
Su efimera beldad y lozanía.  
¡ Ay! Con diestra severa  
Segará la dorada cabellera!

EL TROVADOR.

— ¡Pablo! murmuraron á un tiempo los dos actores de esta escena terrible, mirándose uno á otro con helado pavor. ¿Abandonarán los muertos sus tumbas para perseguirme? dijo el Marques.

Ábrese entónces la puerta del aposento, y comparece Pablo con su laud casi oculto entre los espesos pliegues de un oscuro manto.

— ¡Pablo! exclamó Margarita, con un acento que pudiera ser la expresion de todos los afectos que desgarran el alma... ¡Pablo! repitió, enseñándole y tendiéndole sus manos teñidas en sangre... ¡sálvame! Leo en tus labios mi perdon, tú vas á interceder por mí. ¿Es verdad que no quieres mi muerte? Habla, una sola palabra de tu boca me dará la vida.

— ¡Pablo! continuó Montferrat ¿por qué fatalidad te presentas á impedir mi venganza?

— Me empeñaste tu palabra como noble y como peregrino.

— Es verdad, la empeñé; pero vuélveme aquella palabra, y dispondrás de cuanto valgo y posco. Vuélvemela y mi recompensa sobrepujará tu ambicion. El rey de Francia Felipe Augusto, mi señor y dueño, te concederá á mi instancia las espuelas doradas, armándote caballero. ¡Vuélveme la palabra empeñada, y que venga yo mis injurias!

El poeta contemplaba el centellante rostro del Marques y la mortal palidez del de Margarita, en cuyos ojos, que casi saltaban ya de las órbitas, se pintaba la mas desesperada ansiedad. Los de Pablo anunciaban una indiferencia absoluta. Desde la noche en que su querida le expuso por segunda vez á la muerte, arrastraba una

vida enojosa, acibarada con las sugestiones del orgullo abatido, y del amor propio tan cruelmente vuluerado. Todos los monarcas de la tierra empeñados como el Marques de Montferrat en interesar su ambicion, no hubieran conseguido presentarle la imájen de un risueño porvenir.

— Pablo, le dijo otra vez el Marques, habla: tus palabras son prenda de vida, ó sentencia de muerte.

Margarita, forzando la sonrisa del despecho sobre sus secos y lividos labios, clavaba mas y mas sus ojos en su libertador. Pablo, contemplando alternativamente con fria languidez al Marques y á Margarita, miró despues hacia un patio contiguo situado en el centro de la casa, en el cual florecian varios hermosos rosales.

— Marques, dijo el poeta con muy débil voz, conozco que Dios me llama á sí: el último instante de mi vida está acaso muy próximo: tal vez no os veré mas. Quiero antes de morir reconciliarme con mis enemigos. Por prenda, pues, de nuestra reconciliacion, no os pediré riquezas, ni honores, ni... Guardad todas esas vanidades para otro á quien puedan ser útiles... y concededme solamente aquella rosa blanca que descuella entre todas las demas. Yo canté la belleza sobre mi humilde laud: yo la celebré... ¡Insensato! Dadme la rosa, que es emblema de la belleza, y... y no es infiel como la belleza lo fué conmigo.

Cortó el Marques con su espada la rosa blanca, y la ofreció al desfallecido trovador, al mismo tiempo que Margarita, arrojando un penetrante suspiro, exhaló con él su postrimer aliento. Pablo la vió espirar, y cayó en tierra como herido de un rayo.

El Marques de Montferrat fijando la punta del acero sobre una losa, y apoyado en él con ambas manos, no sabía como huir de aquel lugar en que un ins-

tante despues respiraba solo, atónito, congojoso y horrorizado entre dos cadáveres.

AZCONA.

(Imitacion del Paolo, de Royer.)

## LOS SEPULCROS DE SAN DIONISIO.

Los príncipes franceses de las tres razas reposaban bajo la basílica de S. Dionisio en bóvedas, las principales á manera de cryptos ó capillas subterráneas, únicos restos que habian llegado á nosotros de la iglesia erijida por Carlo Magno.

La Convencion nacional decretó en 31 de julio de 1793 que se destruyesen los sepulcros de los reyes, así en la iglesia de S. Dionisio, como en todos los dominios de la República. Se nombró inmediatamente una comision para proceder á la ejecucion del decreto; y, atendidas las reclamaciones de algunos amigos de las artes, se le reunió otra llamada *de monumentos*, con el encargo de conservar los que fuesen dignos de tal favor.

En 12 de octubre de 1793, se mandó por la municipalidad de San Dionisio se procediese á la exhumacion de los cuerpos de reyes, reinas, príncipes, princesas y hombres célebres depositados en la basílica, en el espacio de quince siglos, á fin de extraer los plomos, segun el decreto de la Convencion. Abrieronse dos fosos profundos para huesario comun.

El primero de los cuerpos exhumados fué el de Turena, que se encontró conservado perfectamente. En vez de arrojarlo al hoyo, lo colocaron en la sacristía, donde permaneció por espacio de ocho meses. Fué expuesto despues en la galería del jardín botánico; colocado luego en una urna en el jardín del Museo de los monumentos

franceses, y transportado en fin al cuartel de inválidos en 23 de noviembre de 1799 por decreto de los Cónsules. Allí existe hoy.

Enrique cuarto estaba tan bien conservado que se pudo modelar sobre él un retrato en yeso. La barba y los bigotes no habian padecido alteracion sensible.

Luis décimo tercero y Luis décimo cuarto se conservaban bien; pero el último tenía el catis negro como la tinta de escribir. Francisco primero, y Luis décimo quinto se hallaban en estado de descomposicion.

En el mismo dia, 12 de octubre de 1793, fué exhumado el cuerpo de Enriqueta María de Francia, hija de Enrique cuarto, esposa de Carlos primero de Inglaterra. Esta señora falleció en 1669, de sesenta años de edad. Una revalacion la arrojó del trono de Inglaterra, y costó la vida á su marido: otra revolucion destruyó el sepulcro que le habia concedido su pais.

Del atahud de Carlos quinto, que murió en 1380, se sacó una corona de esmalte, bien conservada, una mano de la justicia, de plata, y un cetro, tambien de esmalte, de mas de cuatro pies de longitud.

En la caja de Juana de Borbon, su mujer, se descubrió un fragmento de corona, un anillo de oro, restos de braceletes, un huso de madera dorada, y unos zapatos, con algunos vestijios de bordado de oro y de plata.

En el sepulcro de Felipe el hermoso se halló un anillo de oro, un fragmento de diadema de tela recamada de oro, y un cetro de cobre dorado, de cinco pies de longitud.

Rota por los operarios la estatua que cubria el sarcófago de Dagoberto, que murió en el año de 638, se sacó una caja de madera de casi dos pies de largo, forrada de plomo por dentro, que contenia los huesos de aquel rey, y los de Nantilde su esposa, que falleció en 642. Estaban envueltos

en una tela de seda, y separados por una tabla á lo largo de la caja. Á un lado habia una inscripci3n con la siguiente leyen-

da: HIC IACET CORPUS DAGOBERTI. al otro se leía HIC IACET CORPUS NAN. THILDIS.



V. CASTELLO. D. N. G.

En la capilla que se llamó de los Cárlos estaba el atahud de plomo de Bertran du Guesclin, que falleció en 13 de julio de 1380. Hallábase el esqueleto intacto, la

cabeza bien conservada, los huesos muy blancos. Du Guesclin fué el primer personaje en cuyos funerales se pronunció por la iglesia una oracion fúnebre.

## EL HECHO DE LA ESPAÑOLA.

El valor y las hazañas de Roberto, el fuerte, proclamado Duque de Francia en 864, abrieron á su posteridad el camino del trono. La elevacion de Hugo Capeto fué la salvacion del Estado. La Francia estaba repartida entre los grandes vasallos,

y hubiera quedado aniquilada en una casi total desmembracion, si el Rey no hubiese reunido á la Corona dominios suficientes para mantener el esplendor de la Majestad. Sus descendientes extendieron y consolidaron su dominacion, no ménos por la dulzura del gobierno que por la fuerza de las armas. Felipe Augusto, guerrero intrépido y político profundo, tuvo la gloria de

incorporar en la Monarquía la Normandía, el Anjou, el Maine, la Turena, el Poitou, la Auvernia, el Vermandois y el Artois: duplicando así las dominios que había heredado de sus Mayores.

Su hijo Luis VIII seguía las pisadas del Padre; pero una muerte prematura le detuvo en la carrera de sus triunfos.

Tal era el estado del reino de Francia, cuando fué colocado sobre el trono Luis IX, el undécimo rey de la tercera dinastía, comprendidos Eudo y Roberto que reinaron antes de Hugo Capeto. El Franco-Condado, el Delfinado, el Leonés, la Provenza y la Lorena todavía estaban separados de la Corona. Sin embargo hubiera podido la Francia ser considerada como un reino poderoso, no reconociendo mas que un solo Señor; pero muchos grandes vasallos ejercían aun el poder soberano, exceptuando el homenaje: entre ellos se contaban los Reyes de Inglaterra poseedores de la Aquitania, los Duques de Borgoña y de Bretaña, los Condes de Tolosa, de Champaña, de Flandes, de la Marche, de Foix y de Armagnac, y los Barones de Borbon. La moral, la legislación, las artes, las costumbres, la administración, todo se resentía de la barbarie de aquellos siglos desgraciados. Los franceses familiarizados con la guerra civil no ansiaban mas que pelear: la fama de sus hazañas resonaba en Europa y en Asia: un puñado de normandos se había apoderado de la Calabria y la Sicilia, y fundado en las estremidades de Italia un estado poderoso: Guillermo el bastardo, Duque de Normandía, había destruido en un solo día las fuerzas de los Anglo-Sajones é invadido la Inglaterra: la Siria, la Mesopotamia, la Palestina y Constantinopla suenmbieron á los esfuerzos de la nación francesa: los godos, finalmente, escapados en España á la cimitarra de los sarracenos, empezaban á hacerse temibles á sus vencedores con el au-

xilio de los franceses, que recorrían casi todo el universo, buscando la gloria militar y los peligros.

Estremeciéronse los grandes vasallos al ver los progresos de la autoridad real. Vencidos por Felipe Augusto, ó contenidos á lo menos por el jenio de aquel Monarca, esperaban que el tiempo les suministraría los medios para derrocar el poder del Rey.

Las circunstancias les fueron al fin favorables. El Monarca se encontraba en su menor edad. La regencia estaba en manos de una española, que no tenía para gobernar otro título sino la voluntad de su esposo. Con tales antecedentes el día de la coronacion del Rey, fué el día de la rebelion de los Barones.

A su cabeza estaban los Condes de Champaña, de la Marche y de Ponthieu y la Condesa de Flandes: el Conde de Bolonia, tío del Rey, se unió á los rebeldes y Pedro de Dreux, Conde de Bretaña, celebre ya por su audacia y su jenio, era como el alma de la conjuracion. Se pretende que los facciosos meditaban destronar la casa reinante, y poner en el trono á Enguerrando de Coucy, que hubiera sido Soberano solo en la apariencia; menos poderoso que los descendientes de Carlo-Magno, y bajo cuyo débil imperio hubieran gozado los disidentes una ilimitada libertad.

Blanca de Castilla desplegó entónces todos los recursos de su jenio singular. Auxiliada de los antiguos capitanes de Felipe Augusto, y particularmente del Condestable de Montmorency, volaba con su hijo de provincia en provincia; viéndosela á la vez combatir, dividir, negociar, vencer. Esta primera guerra civil, terminada con tanta rapidez como gloria, inmortalizó el nombre de la Reina Madre.

Los grandes vasallos anhelaban cada día mas la ruina del Estado. Recurrieron nuevamente á la astucia y la fuerza: trataron de apoderarse del Rey, de su Madre y de

toda la Corte en el camino de Orleans á Paris. Noticioso de la conspiracion el jóven Monarca, solo tuvo tiempo para refugiarse en Montlhery. Luego que los vecinos de la Capital supieron el riesgo en que se hallaba, justamente alarmados por la seguridad del Rey, voláron á socorrerle, haciendo llegar hasta el cielo las impresiones y amenazas contra los conjurados. Luis atravesó todo el pais que media entre Montlhery y Paris, custodiado por una doble hilera de fieles vasallos, que no se cansaban de felicitarle y bendecirle.

Este amor de los franceses hacia sus reyes nació de una justa gratitud. La posteridad de Hugo Capeto se mostró desde luego digna del trono. Los esclavos de sus dominios estaban emancipados: habian moderado la tiranía de las justicias Señoriales: habian promulgado leyes sabias: cada una de sus disposiciones habia sido un beneficio para la humanidad; y era tal, en fin, la felicidad que gozaban los pueblos inmediatamente sometidos á la autoridad de los reyes, que no habia en toda Francia una sola provincia que no apeteciese igual dependencia. Sin embargo esperaban cosas mas grandes. Las prendas de un sabio y las de un heroe resplandecian ya en el nuevo Soberano.

Poco tardó en sobrepujar las altas esperanzas que habia sabido inspirar. El Conde de Bretaña, reanimando á los facciosos, empleaba alternativamente todos sus esfuerzos para comover y aun derrocar el trono cuyo apoyo debería haber sido: y faltó poco para que Blanca y su hija cayesen en el lazo que habia logrado tenderles. Convínose el Conde con sus cómplices, que lo eran la mayor parte de los grandes vasallos de la Corona, en ser él solo quien enarbolase el estandarte de la rebelion, y no tardó en ejecutarlo. El Rey habia debido hasta entóuces sus triunfos á su buena diligencia; y, noticioso de

la invasion del Conde, se puso en marcha con un cuerpo de tropas poco numerosas, dando orden á los grandes para que, con todas las fuerzas que pudiesen reunir, le alcanzasen en el camino. Reuniéronsele en efecto; pero cada uno llevó solos dos Caballeros; es decir, que en lugar de defenderle tratáron solo de entregarle. Luis iba á ser cercado y hecho prisionero, y el amor le salvó. Tibaldo, Conde de Champaña, entraba en la conjuracion; pero este príncipe, tan ciega como desgraciadamente apasionado de la Reina Madre, no pudo resolverse á mirarla prisionera del Duque de Bretaña, y corrió con trescientos Caballeros á salvarla del peligro. El Conde de Bretaña fué batido y su ejército deshecho: tuvo, en fin, que postrarse á las plantas de su Señor, y este le perdonó pudiéndole castigar.

Los servicios que Tibaldo acababa de hacer al Rey le fuéron funestos. Los conjurados, respirando furor y venganza, hicieron una irrupcion en sus Estados: lleváronle todo á sangre y fuego: proyectáron quitarle la Champaña y la Brie, y poner en posesion de estos dos Condados á la Reina de Chipre, autorizada en el caso con derechos legitimos; pero como los enemigos de Tibaldo eran ya los de Luis, marchó este contra ellos, y su denuedo los anonadó. Tibaldo compró la paz; mediante una gran suma que pagó á su prima carnal, la Reina de Chipre; y el Rey adquirió de Tibaldo los Condados de Blois, Chartres, Chateaudun y Sancerre, logrando por este medio extender sus dominios, aun entre los horrores de la guerra civil.

Todavía dió otro golpe decisivo, del mismo género. Raimundo el jóven, Conde de Tolosa, despues de haber peleado mucho tiempo contra los cruzados, tuvo que recibir, en fin, la ley del mas fuerte. Cedió al Monarca una parte de sus Estados, prometió el resto con su hija única á Alfonso,

hermano del Rey; y consintió en que sus dominios quedasen reunidos á la Corona, en defecto de herederos habidos de aquel matrimonio. Así fué como la sagacidad y la política adquirieron á los reyes de Francia la vasta y fértil provincia del Languedoc.

El Conde de Bretaña se indignaba con esto mas y mas. Cansado de no hallar entre los barones del Reino sino rebeldes indecisos y vacilantes, se declaró por el Rey de Inglaterra, prestando á este el homenaje que negó al de Francia; y puso fin á tales atentados desafiando á su Señor de la manera mas insultante.

Esta nueva rebelion fué para Luis otra prenda de gloria y de triunfo. Pedro Mauclerc quedó destruido: el Rey de Inglaterra vino á Francia con un lucido ejército; y solo experimentó funestos reveses, perdiendo poco á poco sus tropas, y teniendo que volverse á su Isla casi solo. Ya estaba el Conde para sucumbir, y se sometió pidiendo perdon, que le fué concedido porque era *Señor de la sangre*. Prestó al Rey pleito homenaje por la Bretaña; restableció á la nobleza de sus Estados en el goce de sus antiguos privilegios; se obligó á ir á la guerra de Palestina, y pagó grandes cantidades en que fué condenado.

En medio de tantas contradicciones y revueltas aprendia Luis el grande arte de reinar. Casó á los diez y nueve años con Margarita de Provenza, una de las princesas mas bellas y virtuosas de su siglo, hija mayor de Raimundo Berenguer, Conde de Provenza, y de Beatriz de Saboya. De este matrimonio, contraido bajo los auspicios mas felices, desciende la muy augusta Casa de Borbon.

El Rey, desde que fué declarado mayor de edad, manifestaba públicamente su reconocimiento y veneracion á la Reina Madre, cuyo jenio había salvado y engrandecido la Monarquía.

Con tal objeto la asoció á los honores y trabajos penosos de la administracion del Estado, y bien puede asegurarse que ningun ministro trabajó nunca por la gloria de su Rey con mas celo que Blanca de Castilla por la de su hijo.

Entre tanto, Tibaldo, Conde de Champagne, colocado ya en el trono de Navarra, estaba resuelto á volver á tomar posesion de los feudos que tenia vendidos al Rey. Se había formado un partido poderoso, y á su frente se hallaba el Conde de Bretaña, siempre vencido y jamas humillado. La guerra civil amenazaba muy de cerca; pero la actividad del jóven Rey sofocó la rebelion en su misma cuna. Redujo al Rey de Navarra á echarse á sus pies é implorar su clemencia; y le perdonó á condicion de renunciar sus pretensiones sobre los feudos enajenados, entregar algunas ciudades en fianza de sus promesas, y salir del Reino por siete años.

Hacíase Luis grande y poderoso para felicidad de sus pueblos; y los triunfos del Monarca valieron á la Francia una paz y una tranquilidad que no había disfrutado desde el establecimiento del feudalismo. La cruzada que arrancó del continente al Soberano de Navarra, al Duque de Borgoña, á los Condes de Bretaña, de Dreux, de Bar y de Forez, con mas de mil quinientos Caballeros y cuarenta mil soldados montados, contribuyó, no ménos que los trabajos y desvelos cuidadosos del Monarca, á consolidar la calma profunda en que reposó la nacion francesa.

En tanto que aquellos campeones, mal avenidos con la inaccion y el descanso, corrían á ceñirse los laureles de la victoria, ó recibir la muerte en países que podían mirarse como el sepulcro de los europeos; el Rey daba al mundo cristiano el ejemplo mas elocuente y relevante de moderacion y desinterés. El Papa Gregorio IX, enemigo irreconciliable del Emperador Fe-

derico II, quiso deslumbrar á Luis, ofreciendo al Conde de Artois, uno de sus hermanos, la Corona imperial. Tuvo el Rey bastante rectitud y magnanimidad para rehusar aquel cetro, de que no podía disponer el soberano Pontífice; y como la equidad presidía siempre á sus disposiciones, logró con una conducta uniforme y prudente que Roma, celosa de su engrandecimiento, previniere sus voluntades y respetase sus hechos.

Puso Luis á su hermano Alfonso en posesion del Poitou, Hugo de Lusignan, Conde de la Marche, de Saintonge, de Angulema y de Auais; jefe de una familia cuyos segundos ocupaban los tronos de Jerusalem, de Chipre y de Armenia, y suegro del Rey de Inglaterra, no podía disminuir el dolor y la indignacion, al verse vasallo de un Conde de Poitou. Su orgullo, puesto en accion por el orgullo aun mas grande de su esposa Isabel de Angulema, viuda de Juan, Rey de Inglaterra, le llevó hasta el extremo de ultrajar á su nuevo Señor; pero ántes de llegar á empeñarse en lance tan serio, había encontrado medio de formar una liga compuesta de los Reyes de Inglaterra, Castilla, Aragon y Navarra, de los Condes de Tolosa, de Armagnac, de Foix y de Cominges, y de los Vizcondes de Lomaña y de Narbona. Aun el Emperador, olvidado de la magnanimidad de Luis, debía ser uno de los coligados; de suerte que la Francia se encontraba amenazada á la vez de una guerra extranjera y de otra civil.

No era necesario tanto para impulsar la audacia de Lusignan. Corrida de la debilidad que había manifestado prestando homenaje al Conde de Poitou, fué á Poitiers con su esposa, sus hijos y un gran número de Caballeros. Llegó hasta el palacio de Alfonso y le dijo: "que se le había sorprendido, obligándole á prestarle homenaje; que retractaba su juramento: que

no le reconocía por Señor: que no era mas que un usurpador que privaba del Poitou al Rey de Inglaterra; y que ninguna consideracion tenía que guardar Lusignan, ni al Conde Alfonso ni al Rey su hermano." Dicho lo cual salió del palacio de Alfonso, se fué al que había habitado, le incendió y abandonó la Ciudad. Tales eran las costumbres de aquellos siglos bárbaros.

El Rey ménos sorprendido que indignado no dejó respirar al rebelde. La presteza, que tantas ventajas le había proporcionado muchas veces, le aseguró en estas circunstancias un nuevo triunfo. Reunir un ejército: caer sobre el Condado de la Marche: apoderarse de él... todo fué obra de pocos dias. Isabel, causa fatal de la ruina de su ilustre familia, recurrió al mas execrable de todos los delitos, para detener la furia del jóven conquistador. Trató de envenenar al Rey. Los emisarios, á quienes encargó la ejecucion de su designio, fuéron convencidos y castigados; y cuando ella supo el resultado funesto de su atentado atroz, estuvo para espirar de dolor y de rabia.

Lusignan sucumbía ya, reducido á sus pocas fuerzas, y prevenido siempre por la infatigable actividad del Monarca. Para retardar los progresos del vencedor tuvo que hacer de sus Estados un desierto: quemó los víveres y forrajes, arrancó las viñas y mieses, y cegó á envenenó los pozos. Ya no le quedaba mas que Fontenai, plaza situada en las fronteras del Poitou y la Saintonge. Confió aquella fortaleza á uno de sus hijos, auxiliado de los mejores Caballeros; pero aunque parecía inexpugnable, fué asaltada, tomada, y demolidá hasta los cimientos. El ejército victorioso pedía á grandes gritos el suplicio del jóven Lusignan y de sus compañeros de armas; el Rey, cuya clemencia igualaba solo á su valor, manifestó á las tropas que sería inhumanidad castigar á un hijo por haber obedecido

á su padre, y á los vasallos por haber  
sido fieles á su Señor.

(Se continuará.)

## AMBAS Á DOS,

POR D. MARIANO ROCA DE TOGORES.

ROMANCE SEGUNDO.

### LA RELIQUIA.

Apénas hacia los montes  
Declina el sol de la tarde,  
Y el alto cenit adorna  
Con caprichosos celajes;

El cautivo rey de Francia  
Del rejoy aposento sale,  
Porque ver quiere á Valencia  
Antes que a la corte marche.

Cubren con toldos la puente,  
Porque del sol le resguarden,  
Y por el suelo han tendido  
Limoneros y arrayanes,

Que de mil plantas al choque  
Sueltan aromas suaves,  
Embalsamando la brisa  
Que el Turia lleva en su cauce.

El augusto prisionero  
Va pensativo, aunque afable,  
Que son en tierra extranjera  
Los regocijos pesares.

Y aunque lleva en vez de guardas  
Monteros que le acompañen,  
No olvida que está cautivo,  
Y que es su honor el alcaide,

Su palabra la cadena,  
Y toda España su cárcel.  
Con todo viste brocados,  
Y trae al pecho collares,

Que si es humilde en las glorias,  
Es altivo en los desmanes:  
La encomienda es uno de ellos  
Del Santo Miguel Arcánjel,

Y el gran toison es el otro,  
Guarnecido de diamantes.  
Cien caballeros le cercan  
De esclarecido linaje,

Que de las fiestas del día  
Acolorados departen.  
Como una selva encantada  
Meece sus plumas el aire,

Y como grupos de estrellas  
Resplandecen sus ropajes.  
Vicen Mercader usano,  
Por hacer mayor alarde,

El laurel que ha conseguido  
En vez de cintillo trae.  
Y el Rey dice al repararlo  
Entre aflijido y galante:

“Si yo tuviera mi espada,  
„No lo ganara tan fácil.”  
El Virey que está á su diestra  
Mira de soslayo al Baile,

Y este con saña finjida  
Se vuelve á ver á los pajes:  
Y cortesés y advertidos  
Para no desconsolarle,

Los toledanos aceros  
Recatan en los gabanes.  
Así el lucido cortejo  
Cruza las estrechas calles,

Que abigarradas ostentan  
Guirnaldas y cortinajes.  
¡O cuanta plebe curiosa  
Se apiña por contemplarle!

Que siempre un Rey la embebece,  
Y un prisionero le place.  
¡O como admiran las damas,  
Como envidian los amantes,

Del caballero Monarca  
El majestuoso donaire!  
Y cuando alza el rostro pálido,  
Y sus negros ojos abre,

De amor dulce y pasapivo  
¡Cuantos corazones laten!  
“Perdióle, dicen, su arrojo,  
„Y su traidor Condestable...:

„Es infeliz... y es valiente...  
„Y es muy galán... Dios le guarde.”

Llega por fin á la iglesia,  
Donde á recibirle salen  
Hasta el cancel de la Almoína  
Prelado y Capitulares,  
Por millones las bujías  
Entre las bóvedas arden,  
Do quiera el incienso humea;  
Campanas y órganos tañen.  
Y en tan confusa armonía  
Luceros por todas partes,

Rosas y oro por alfombras,  
Y en torno nubes fragantes,  
Parece que el Dios del cielo,  
Condolido de sus males,

En una mansion de gloria  
Ha transformado las naves.  
Muy devoto está el Monarca  
De hinojos en los sitiales,

Bajo el ponderoso escudo  
Del invicto Rey Don Jaime.  
Y al mirar una custodia  
Que le han dejado delante,

Con espinas muy agudas,  
Y unas lises por remate,  
Hace señas á los suyos  
Que breve trecho se aparten,

Y así prorumpie, bañando  
Con lágrimas el engarze.

He aquí donde, depuesto el rejio manto,  
Prefirió á su diadema las espinas:  
Hélas aquí bañadas con el llanto  
De mi abuelo San Luis.

¡Ah, si cuando doblada la rodilla  
Los legasteis al suelo valenciano,  
Supierais que los leones de Castilla  
Han cortado esa lis!

Pero ¿qué son los reinos de este mundo  
A quien eterno omnipotente rige  
El alto cielo, el bátrato profundo  
Desde el trono de luz?

¡Y el hombre, á quien sus crímenes perdona,  
Le da en premio á su inmenso sacrificio,  
Esa rama de espinas por corona,  
Y por solio una cruz!

Alzase el Rey mas sereno,  
Y mas consolado parte,  
Porque es un bálsamo el lloro  
Que se vierte en los altares;  
Mas cuando el digno arzobispo,  
Porque sus pecados lave,  
El agua santa le ofrece  
En los sagrados umbrales;  
Entre las nubes de incienso  
Dos bellezas celestiales

Aparecen: son las mismas,  
Son las reinas del combate.  
Francisco por obsequiarlas  
Se quita veloz el guante,  
Mas luego Doña Maria  
Los ojos vuelve á otra parte,  
Y de Mercader recibe

Un agua que al Rey abraza.  
Mas cortes ó ménos fiero  
La menor Doña Violante,  
Va á tocar la rejia mano  
Con una cruz de azabache.

El Rey la cabeza vuelve;  
Y porque su accion no estrañen,  
Hace una cruz con los dedos  
Sobre su toison de esmalte.

Los ciegos que hay en la plaza  
Tan solo por obsequiarle,  
Cantan al son de sus tiples,  
De pífanos y atabales,

Con voces de vino tintas,  
Aquel antiguo romance:

“Mala la hubisteis, franceses,  
En esa de Roncesváles.”

(*El Romance 3.º en el próximo número.*)

## OBSERVACIONES

SOBRE EL ÚLTIMO TEMBLOR DE TIERRA EN  
LA MARTINICA.

El terremoto de que hablamos es cosa  
extraordinaria, no solo por su extremada  
violencia, sino por algunas particulares

circunstancias en el órden físico. Ha sido producto de dos sacudimientos, de una fuerza sin ejemplo, de treinta segundos de duracion, y que parecían undulatorios en direccion de sur á norte.

Una particularidad digna de observacion en este acontecimiento robustecerá acaso la opinion que se tiene por algunos acerca de la influencia de la elasticidad atmosférica en fenómenos semejantes. La verja de hierro del Hospital fué arrancada de abajo á arriba, estando fija en piedras sillares; y arrojada á grande distancia, cuando debiera haber caído en el mismo lugar.

Para explicar la causa de tan horrorosa catástrofe se ha hablado mucho acerca de los antiguos volcanes de la isla. Aun se ha creído que las montañas en que existen bocas volcánicas se habian visto coronadas de llamas por algunos instantes.

La ciudad tenía su asiento en terreno volcánico; sin embargo esta circunstancia no le era mas desventajosa que lo puede ser á otras trescientas poblaciones del archipiélago de las Antillas; pues de La Trinidad á Cuba todas están construidas sobre terrenos de igual calidad, y en la esfera de antiguos focos cuyos limites pueden aun trazarse.

Hace doscientos años que la Martinica está habitada por franceses, y en todo este tiempo ninguno de sus volcanes ha hecho explosion. Pruébese por esta y otras observaciones que el terremoto de 11 de enero no debe de considerarse como resultado de la accion de los antiguos focos volcánicos; y todo conduce á creer que ha sido determinado por otras causas, mucho mas si se observa que las oscilaciones del terreno se hicieron sentir en toda la cadena de las pequeñas Antillas, cuyos puntos extremos se hallan á distancia de mas de doscientas leguas francesas. El movimiento enya violencia ha destruido la ciudad de *Fort-royal* no se propagó solo por

estas islas, sino que se extendió á mas de veinte leguas fuera de su cadena, y á través de las aguas del Océano; un navío experimentó sus efectos, caminando al rumbo de la Martinica, muchas horas ántes de descubrir sus altas montañas; es decir cuando navegaba en un mar de profundidad inmensa.

## MODAS.

P. Qué es la moda?

R. Un poder mágico, y, por tanto incomprendible.

P. Qué *mision* ha sido confiada á este poder?

R. Facilitar la circulacion.

P. De la sangre?

R. No señor; del dinero.

P. Tambien el dinero es sangre; verdad?

R. Yo conozco muchos que viven sin esa sangre.

P. No puede ser. La chuparán á los que la tengan, y vivirán con sangre prestada... es decir, ajena.

R. No me opongo.

P. Cree Usted conveniente poner en *El Panorama* un artículo de Modas?

R. Lo creo indispensable.

P. Por qué?

R. Por varias razones; la primera de todas porque muchos de los Suscritoras no son suscritores.

P. Pues qué son?

R. Qué ganso es Usted! Suscritoras.

P. Ya! Tiene Usted partido con el bello sexo?

R. Como siempre. Todo el gremio va detras de mí... cuando yo voy delante, segun el consejo del buen Quevedo.

P. Y si de resultados del artículo hubiese alguna quimera entre cualquier señora antojadiza, y un esposo ó un padre regañon? Qué dirán ellos entónces?

R. No sé lo que dirán, pero yo digo desde ahora que contra el pestilente vicio de pedir hay la salutifera virtud de no conceder; y punto redondo.

P. Y qué significan esas tres figuras que nos ha grabado Usted ahí?

R. Usted se equivoca: yo no sé grabar; pero de todos modos, lo que representa eso es un grupo de dos señoras y un elegante de París, vestidos á la última moda, según los doctores del *Palais-Royal* y del *Boulevard des Italiens*.



P. Quien da el tono en España respecto de modas?

R. Dos franceses, macho y hembra.

P. Luego tambien en esto copiamos á los extranjeros?

R. Qué quiere Usted! Si parece que hemos nacido para copiantes!

P. Y como se llama *ella*?

R. Madama *Dasse*, notabilidad gubernamental en materia de gasas, cintas, flores, encajes y carton para almas de sombreros; broches, lazos, escotes y rellenos de todas clases. Pitonisa cuyos oráculos se acatan en punto á muselinas de lana, cóleras y napolitanas. Y no me guiñe Usted el ojo!

P. Y como se llama *el*?

R. Mr. Humann, el inventor de las levitas á la guillotina, el introductor de esos cuellos de frac que parecen tirillas, el que con sus utilísimos *paletots* ha hecho últimamente tantos beneficios á la moral pública!

P. Se chancea Usted?

R. No señor. Desde que se llevan *pale-*

*tots* ha disminuido sensiblemente el número de raterías, por cuanto los bolsillos de detras van perfectamente resguardados; ainda mais, porque los *paletots* los tienen delante. Está calculada en doscientos pañuelos diarios la mejora; por lo mismo, se ha ganado no solo el valor de los efectos por parte de los que, de cierto, los hubieran perdido, sino tambien toda la moralidad cuyo gasto se ha evitado á los rateros, y todo el dinero que, á vueltas de los suso-indicados desórdenes, se hubiera sepultado en las faldriqueras de los alguaciles y en las de los escribanos.

P. Continúo preguntando?

R. No señor, que es tarde.

P. Y como acabamos la conversacion?

R. Despidiéndonos á la francesa.

## MIS DESGRACIAS

EN UNA TARDE DE TOROS.

(Conclusion.)



a segunda parte del artículo me falta! Y no hay mas remedio que escribirla! Y es la mas lastimosa! Vaya por Dios, y buena manderecha.

El tendido estaba lleno, como toda la plaza, segun

suele decirse no sé por qué, de bote en bote. Bien queríamos, mi compañero y yo, pa-

sar del *vomitorium* (en algo se me ha de conocer lo anticuario): pero nos fué negado, con repetidas indicaciones de ceda y de rodilla, por parte de aquella fraccion de la turba multa que inmediatamente nos rodeaba.

Llegaron casi con nosotros otras ocho ú diez personas, y creció el apuro. Por fin, como todo se gobierna en esta España mas tarde ó mas temprano, nos arreglamos, empaquetándonos lo mejor que se pudo, ni mas ni ménos que las figuritas que suelen vender en cajas los tiradores para diversion del pueblo que aun no hombrera.

Ya empaquetados, sin movimiento en los dos remos inferiores y con sobrado embarazo en los superiores, me imajaba yo asegurada la tranquilidad del tendido para toda la tarde, y con aquella mi hebdomadario solaz, pues, sin rodces, nada me gusta si hay de por medio alboroto y jarama puestos en accion; pero... desgraciado! iban á matar al primero de los seis animalitos cuando sentimos que debajo de las

tablas con que se aprovechan las entradas en ocasiones de gran concurrencia había un cierto tumulto (estilo de Avapiés) promovido por cierta amazona de medias azules y mantilla de tiras anchas. En efecto, colocada al frente de quince ó veinte personas de varias condiciones, gritaba desahoradamente, haciéndole los demas el coro: ¡juera! que se levanten! que tambien nosotros semos de Dios! — Y á todo esto, introducían entre tabla y tabla palos, que por la mayor parte no podían llamarse bastones, y maceraban con las puntas, á repetidos golpes, nuestras pobres piernas. Tuvimos que levantarnos. Terrible momento! Las tablas fueron desquiciadas, y saltáron hasta el nivel de los palcos: un segundo despues había veinte descalabrados en el tendido. Aquella horda audaz y belicosa, tomó el tendido por asalto; y como donde no caben mas que diez no pueden meterse veinte sin que unos queden encima de otros, algunos de los que dentro estábamos, y de los asaltantes, quedamos de pié, otros cayeron rodando en varias direcciones, y llegaron magullados y pisoteados hasta la contra-brarrera, arrastrando en su violento descenso media docena de sombreros, algunas mantillas y dos ó tres pañuelos tartanes de individuos pacíficos sobre los cuales se había desplomado la recargada nube. Yo me hallé, como por ensalmo, cuatro á cinco gradas mas abajo, con el pié derecho dentro de la vasera de la aguadora de la demarcacion, y con el izquierdo en el centro de una tortilla colosal que formaba la base de la merienda de media docena de lugareños, que al ver así maltratadas sus vituallas asieron de mí pobre pierna, y mientras cuatro de ellos la levantaban en alto, otros retiraban la ya descuartizada tortilla, lanzando contra mí pestes y reniegos. Pero estúvoles cara el atrevimiento, porque como me faltase el equilibrio, con el

alzamiento de la pierna, caí de espalda y con el codo derecho sobre la redonda y llamante bota que llena de lo rico de á catorce estaba, y al codazo violento saltó el mal comprimido tapon, arrojando no así como quiera un chorro sino un caño de tinto de Arganda que no dejó en el radio de diez varas vestido sin maculatura.

A todo esto... qué gritería! qué escándalo! Y no era solo en el tendido, no. La plaza, la verdadera plaza tambien se ardia, y quisiera describir aquella jeneral confusion, aquel zépizape inconcebible, que lo había de hacer, si supiera, de buena gana; mas reconociéndome harto torpe para el paso, trasladaré solo algunas expresiones que llegaban á mis oidos de varios parajes á mayor ó menor distancia.

*La Aguadora:* melitar, haga Usté favor de alargar el vaso á esa lechuguina.

*Un soldado:* mejor te alargaría yo á ti...

*El centinela:* caballeros, esto se acabó! Á sentarse y callar!

*Farios, con los palos en alto:* pero si no hay donde!

*Un Aguacil, entre barreras:* Su Señoría que vaya Ustel al toro, pena de diez ducados.

*Un Picador:* dígale Usté á su señoría que si quiere él bajar, le daré yo veinte.

*Muchos á un tiempo:* banderillas!

*Otros:* fuera las banderillas! Que le ponga una vara Hormigo!

*Una maja, á un caballero de un palco:* el demonio del Usía! Pues no se está divirtiendo en echarme las chispas del cigarro encima de la mantilla!

*El del palco:* mas quemado me tienes tú á mí, morena!

*Todos los del tendido:* esto es una infamia! Meter doble jente de la que cabe!

*Un dependiente de la administración:* haya paz, señores: que se soban á la grada los que no puedan estar en el tendido!

Apénas pronunciadas estas palabras, asaltaron la grada cubierta los insurrectos, y la inquieta multitud se tranquilizó algun tanto. Yo aproveché la oportunidad, y desfilándome bonitamente por entre todos los bultos que aun estaban en movimiento, gané la puerta y me puse de un brinco en la mesa de la escalera, no sin dar un tropiezo de los buenos, porque me torcí un pié por saltar dos escalones de una vez, y de resultas fui á pegar de hocicos contra el recibidor de billetes, que fumaba en pipa, y me deslicé los narices contra las suyas, haciéndole tragar parte del cañon mientras el fogan me abrasó á mi entrambos labios. Echo mano en seguida á mi torcido pié, y al incorporarme para bajar el primer escalon exterior me encuentro cara á cara con un portero de Ayuntamiento que venia á buscarme de parte de no se quien, porque segun habian dicho era yo el promotor del alboroto en el tendido. Vean Ustedes qué injusticia! Me costó mucho trabajo justificarme: salí al fin de la plaza maldiciendo de mi aficion á los toros; y al ir á mirar el reloj cerca de la puerta de Alcalá, me hallé sin él: pereció ciertamente en el momento del tendido!

AZCONA.

## RAVILLETE.

*Sobre la antigüedad de los periódicos.*

En el llamado *Diario de los Sabios* se ha insertado un artículo de M. Naudet sobre la obra de M. V. Leclerc que trata de los *Periódicos entre los romanos*. En verdad que si nuestra vanidad hubiera podido concebir la pretension de haber inventado algo, esta invencion seria la de los periódicos, fuerza inmensa que se enemiga y se maldice, y á la cual todo el mundo rinde homenaje; pero segun las últimas investigaciones debemos de renunciar á semejante gloria: no hemos inventado tampoco los periódicos. Existian en la antigua Roma: M. Leclerc prueba hasta la mas incontestable evidencia que son anteriores al

consulado de Julio César. Lo que no se halla en aquellos tiempos, segun expresion de M. Leclerc citada por M. Naudet, es una empresa formalizada para la publicacion de periódicos cuotidianos, aunque la palabra periodista se lee casi hasta en el código Teodosiano. Tampoco habia despachos de redaccion, ni suscritores, ni repartidura á hora fija, ni administracion regularizada. Pero el autor conjetura que algunos esclavos ó libertos, compiladores de noticias, redactaban en varias casas principales una especie de boletines conocidos con el nombre de *Acta*, y que presentan muchos puntos de semejanza en su esencia con nuestros actuales periódicos, pues, lo mismo que estos, su destino era suministrar medios rápidos á la pública correspondencia sobre los negocios de estado, y aun sobre asuntos particulares. La obra de M. Leclerc está, segun Naudet, llena de hechos, de observaciones nuevas, de raiocinios delicados é ingeniosos. La bien merecida reputacion del autor, que pasa por uno de los primeros humanistas de la época, hace creer que habrá comprendido, apreciado y juzgado maduramente los varios textos de que ha tenido que servirse. Sin embargo M. Naudet no parece tan dispuesto á admitir tanta semejanza entre lo antiguo y lo moderno: pretende que las publicaciones antiguas no eran mas que una crónica oficial, una especie de gaceta redactada y publicada por el gobierno, y no dependiente de ningún modo de la industria particular.

— MANUSCRITOS DE WALTER-SCOTT. — M. Tomas Cardell, que era desde la infancia amigo del célebre novelista y poseía los manuscritos autógrafos de sus admirables obras, acaba de regalarlos á la Biblioteca de Edimburgo, reservando únicamente para sí el poema titulado *La Dama del Lago*, que el autor le habia regalado para memoria. Estos manuscritos, colocados ahora en la gran galeria semi-circular de la Biblioteca, componen 166 tomos en cuarto mayor, y estan encuadrnados en marroquí encarnado pero sin recortar las márgenes. Lo escrito cubre solo la primera carilla de cada hoja, y está en letra grande, clara, limpia, regular, pero sumamente corrida. Los renglones son muy juntos. No hay espacio alguno en blanco, ni en la parte superior ni en la inferior de la página; pero si márgenes laterales, ancha la de la derecha y angosta la de la izquierda. Las enmiendas son rarísimas en las obras en prosa, apénas se encuentra una en cada veinte páginas; pero en las poetas su ven al ménos dos en cada carilla. Al examinar los manuscritos de las novelas, parece que Walter-Scott las ha compuesto con la facilidad con que se escribe una carta familiar sobre objetos indiferentes.

MUSEO DE ANTIGÜEDADES.

**ACAMANTIS.** Nombre de una de las tribus de Atenas.

**ACCENDONES.** Gladiadores que ya no actuaban, propiamente llamados *Lanistas*. Educaban en la profesión á los que por ella se decidían, y les animaban en los juegos públicos para que se portasen con valor.

**ACCENSO.** Ministro subalterno, á las órdenes del Cónsul y del Pretor. La atribución primitiva del Accenso era convocar al pueblo. Antes de que se usasen relojes en Roma, el Accenso anunciaba las horas al público por mandato de uno de aquellos majistrados. Este empleo se confiaba á un *Liberto*, cuando el de *Lictor* era desempeñado por un ciudadano.

**ACLAMACION.** No era un grito inarticulado y confuso, sino una fórmula enérgica que expresaba opinión, consentimiento, regocijo, ó aplauso. Tuvo su origen en los espectáculos: pasó de allí al Foro, á las públicas asambleas y á los tribunales de toda clase. No se hacía tumultuariamente, ni según el capricho individual. Había para las *Aclamaciones*, como en los teatros, un *Corifeo* que no solo dictaba las palabras sino que modulaba la pronunciación. El pueblo las repetía, con la mayor exactitud en todos sentidos. Por esto se llamaron las *Aclamaciones* CANTICA. Se hallan algunas de estas fórmulas en autores antiguos: *Dii te nobis servent*, los Dioses te nos conserven: *vestra salus, nostra salus*, tu salud es nuestra salud. A veces se dictaban en verso: Tertuliano escribe una *Aclamacion* que principia así:

De nostris annis addat tibi Jupiter annos &c.  
Jupiter prolongue tu vida con parte de la nuestra.

Rejistrábanse en algunas épocas las *Aclamaciones*, y se expresaba en los registros el número de veces que se habían repetido. *Acclamatum est decies, vicies, sexagies &c.*; lo que prueba que solían repetirse mucho.

**ACCUBITA.** Llamáron así los romanos á unos asientos, casi camas, en que se colocaban para comer. Según se infiere de varios documentos, este nombre era común á los lechos para dormir, mas se diferenciaban unos de otros en la forma. Estos muebles constituían parte del menaje de las casas ricas; por tanto no se deben confundir con los *Lecti triclinares*, *Lecti discubitorii*, de que se servían las personas de estado llano. Agurábanse en la construcción de los primeros todos los refinamientos del lujo, todas las delicadezas de la molición. Los destinados al *Triclinium* ó *Biclinium*, comedor, se terminaban en su parte anterior por una curva, para que se adaptasen perfectamente á la línea exterior de la mesa de comer.

**ACERRA.** Altar pequeño, inmediato á un sepulcro, en el cual los amigos ó parientes del difunto quemaban aromas. También se decía de la cajita ó vaso destinados á contener el incienso.

**ACETABULO.** Medida romana, octava parte del *Sextario*.

**ACROQUIRISMO.** Uno de los ejercicios gimnásticos, que consistía en combatir sin tocarse mas que en los dedos de las manos.

**ACTIACOS.** (Juegos.) Los instituyó Augusto en honor de Apolo despues de la victoria que le hizo dueño de la República, obtenida en el Epiro, cerca de *Actium*, en que Antonio fué derrotado.

(Continuará.)

ÍNDICE DE ESTE NÚMERO. — Los Cruzados en Venecia: (*Conclusion*). — Los Sepulcros de San Dionisio. — El Hijo de la Española. — Ambas á dos: (*Romance segundo*). — Observaciones sobre el terremoto de la Martinica. — Modas. — Mis desgracias en una tarde de Toros: (*Conclusion*). — Ramillete: (*Antigüedad de los periódicos*). — (*Manuscritos de Walter-Scott*). — Museo de antigüedades. —

Editor responsable — A. GUERRERO.

MADRID: 1839. — IMPRENTA DE LOS HIJOS DE DOÑA CATALINA PIÑUELA,  
calle del Amor de Dios, número 7.